

El pintor Gil de Castro

Escribe: JORGE MORENO CLAVIJO

La iconografía que de don Simón Bolívar publicara hace unos meses la Editorial Lernes, culminación de los desvelos e inquietudes que durante muchos años ocuparan la imaginación desconcertante de Enrique Uribe White, puso en el tapete de las discusiones a cuantos pintores buenos, mediocres y peores, se ocuparon del rostro, los ademanes y la vanidad del Padre de la Patria.

Entre los nacionales tenemos a Espinosa, el abanderado para unos, el prócer para otros, y para los más el insigne pintor que con sus apuntes al carbón y al óleo fue el precursor de los reporteros gráficos de hoy, que andan con sus cámaras al hombro aprisionando los instantes que en el fervor del entusiasmo se llaman históricos. Espinosa dejó de muchos de nuestros hombres de charreteras y escritorio los mejores documentos y en especial del Libertador a quien sirvió de sombra en muchas de sus andanzas, cumpliendo la misión de retratarlo en los momentos de angustia, euforia, preocupación y có-

lera. Esos retratos se mandaban como regalo a las personas que Bolívar sabía habrían de conservarlos con veneración. Otros se destinaban como heraldos que llegaban a los pueblos a preparar el ambiente mientras se hacía visible el grande hombre. En esa forma el guerrero se nos pinta como el precursor de la propaganda de hoy, con los carteles a todo color que llenan las esquinas, los pueblos y ciudades en las vísperas de comicios populares.

En la iconografía bolivariana, el equivalente de Espinosa es el mulato José Gil de Castro, de origen humilde, nacido en Lima, que llegó a ser el retratista más famoso y solicitado de la primera mitad del siglo XIX. Pese a haber dejado inmortalizadas en sus telas las efigies de don Bernardo O'Higgins, libertador de Chile, de don Ramón Martínez Luco y de don José Bernardo Tagel entre otros, fue en Bolívar, en ese rostro anguloso y variable, donde halló su mejor fuente de inspiración. "El último de los pintores coloniales y el pri-

mero de los republicanos", según lo define Uribe White en su libro.

Pero en realidad es muy poco lo que se sabe del mulato Gil; su rostro, su sicología, son totalmente desconocidos. Y de quien pasó su vida llevando a la tela el rostro de los demás, no queda ni un autorretrato. El artista, quién sabe por qué motivos, pudiendo hacerlo no una sino muchas veces, no quiso dejar su apariencia tangible en el lienzo asumiendo un gesto supremo de autoconfesión. Fue el ilustrador de la libertad americana a través de sus más célebres caudillos, pero él quiso permanecer físicamente oculto, misteriosamente resguardado por las inmensas figuras de epopeya.

Quedó de él en definitiva lo que vale: una obra que lo salvó del olvido, una iconografía que permite escrutar la personalidad recia de unos hombres de leyenda, perdidos en las sombras del tiempo, alejados de la realidad presente. Porque no quiso ser otra cosa que retratista; gestos y cuerpos heroicos, pues el paisaje, la naturaleza, no le comunicaban nada a sus sentidos.

Gil de Castro fue un pintor con estilo. Así pese sobre él el influjo de la pintura quiteña. Abusando de una fórmula que quita espontaneidad y variedad a lo que hace, cae en el amaneramiento, en esa forma apretada y táctil, en ese gracioso recortar de las figuras sobre el fondo. Su dibujo es repetido pero no incorrecto. Por el deseo de expresividad llega a la deformación. Busca especialmente el parecido físico, el rasgo característico

y se hace moroso en la captación del detalle insignificante y trivial. A su modo exalta la personalidad percedera y la fija para siempre. En la persecución constante del carácter, llegó hasta la deformación, al acentuado abultamiento de las facciones, al trazo caricaturesco.

De ahí que en sus retratos de Bolívar de pronto se halle algo de primitivo, de acartonado, un tanto carente de naturalidad, pero con una extraordinaria fuerza a base de expedientes muy propios. Impresionante realismo sobre apuntes tomados del natural. Conocía perfectamente los movimientos, los gestos de ese rostro que tuvo ante sí con bigotes y sin ellos, con y sin patillas hasta la boca. Todo era accesorio ante la mirada dominadora y la forma de las orejas, grandes y bien formadas.

Fue la suya una pupila veraz que reprodujo aquello que vio, acomodando según su criterio el ambiente plástico del modelo. Por eso en el color, Gil de Castro, buscó de preferencia el tono local, el intrínseco del objeto como base cromática, aflorando en sus telas un armonioso conjunto de tonos locales yuxtapuestos, intranquilizado apenas por un suave claroscuro sobre la parte superior y las manos. Azul, rojo y oro viejo, con las notas quebradas del cabello, el rostro y los fondos. La exacerbada pasión representativa.

José Gil de Castro, biógrafo plástico de don Simón Bolívar, realizó una fecunda labor, plena de espiritualidad y anhelos vitales.